

Isaiah Berlin y Quentin Skinner: dos visiones sobre la historia intelectual

Isaiah Berlin and Quentin Skinner: Two visions on intellectual history

José Javier Blanco

Resumen

La historia intelectual como disciplina necesita límites para poder reconocerse a sí misma. Una de las formas de fijarlos es mediante el establecimiento de un método propio, tal como el que propone Skinner. Sin embargo, no se puede sostener la preeminencia de un método único o de una forma correcta de hacer historia de las ideas; existen otras formas de hacer historia intelectual que pueden quebrantar los criterios de historicidad y no por ello resultan ser menos válidas. Es en este punto donde notamos la estrecha relación existente entre la filosofía y la historia intelectual: se trata de una relación simbiótica, ya que cada disciplina se beneficia de los aportes de la otra sin poder llegar a determinarla. Esta relación tan dinámica hace sumamente contingente la prevalencia de criterios de validez históricos. Sería mucho mejor que el historiador pudiese disponer de una variedad de ellos para contar una variedad de historias a distintos niveles de abstracción y en horizontes temporales más o menos amplios.

Palabras clave

Historia intelectual; Filosofía; Contingencia; Temporalidad

Abstract

The discipline of intellectual history needs limits for it to recognize itself as such. In order to set them, it may develop a method resembling the one proposed by Skinner. However, a unique method or a single right way of making intellectual history should not prevail. There are no other less valid ways of making intellectual history which might break the criteria of historicity. Here, we point out the close relationship between philosophy and intellectual history. It is about a symbiotic relationship since every discipline benefits from other's research results and, not because of that, one discipline prevails over the others. In such dynamic relation, validity criteria become increasingly contingent. We would be better off if the historian could be exposed to several validity criteria to choose from, so he or she could tell a variety of histories at different levels of abstraction and with much or less wider temporal horizons.

Key words

Intellectual history; Philosophy; Contingency; Temporality

Recibido: 19-05-2008

Aprobado: 08-10-2008

La historia de las ideas¹ es hoy día una disciplina apasionante y nadie discute la relevancia de su estudio, pero hace 30 años, aproximadamente, fue considerada como una mera acumulación de erudición sin ninguna aplicación práctica. El pensamiento político fue severamente cuestionado por el positivismo, ya que no representaba –ni inducía al– conocimiento científico. Ello llegó hasta el punto de que su lugar en los pensa de estudios se vio como algo supletorio e incluso innecesario. La filosofía política tampoco pudo escapar de esto, fue severamente cuestionada por la filosofía analítica, que la acusaba de generar problemas filosóficos donde no los había, ya que los filósofos no entendían cómo funcionaba el lenguaje.

Las pretensiones del método científico de someter todo saber digno de considerarse ciencia a la rigurosa comprobación empírica prendió la chispa de un debate que se preguntaba por la muerte de la filosofía y de la teoría política –y que incluso la declaraba como en el caso de Peter Laslett (1956). Filósofos como Bhikhu Parekh (1996), John Plamenatz (1974), P.H. Partridge (1974) e Isaiah Berlin (1961/2004), entre otros, no tardaron en emprender su defensa, mostrándose con el transcurrir de los años que llevaban la razón. Sin embargo, no es la situación de la filosofía y de la teoría política actual lo que queremos resaltar al retomar el contexto descrito, sino enfocarnos en el hecho de que fue en ese marco en que la historia de las ideas políticas experimentó la maduración de la que hoy somos herederos.

En la renovación de la historia de las ideas el rol de Quentin Skinner, de John Pocock e, incluso, del mismo Laslett –quien, queriéndolo o no– fue de particular importancia.² Empero, es de acotar que los trabajos de Isaiah Berlin en historia intelectual también contribuyeron con su granito de arena, ya que si bien no realizó ninguna contribución metodológica importante, continuó su práctica en tiempos en que aquello se consideraba una suerte de pasatiempo de eruditos. A través de la obra de estos intelectuales el pensamiento político recobró importancia en el mundo académico, a la vez que pertinencia para la comprensión de los problemas políticos de actualidad.

Skinner atacó la forma tradicional de hacer historia de las ideas, identificando un conjunto de mitos que sumergían a la disciplina en severas inconsistencias; tales mitos eran: el *mito de las doctrinas* (la manía de querer encasillar a los autores

¹ En este ensayo usaremos historia de las ideas e historia intelectual como sinónimos para fines de simplificación.

² Sobre el rol de Laslett en este contexto, ver J.G.A. Pocock, “The state of art”, en J.G.A. Pocock, *Virtue, commerce and history*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

en alguna corriente), el *mito de la coherencia* (la predisposición frente al texto que consiste en suponer la ausencia total de contradicciones en su seno), el *mito del provincialismo* (la familiaridad engañosa) y el *mito de la prolepsis* (evaluar la significación de un texto en nuestros propios términos, ignorando la de los propios actores). El historiador inglés intentó modernizar la disciplina introduciendo novedosos conceptos importados de la filosofía del lenguaje, en particular de Ludwig Wittgenstein, tales como *juegos de lenguaje* y el *significado como uso* (Wittgenstein, 1958/2002); y de la filosofía del lenguaje ordinario, representada por John Langshaw Austin, se nutrió de la teoría de los actos de habla, de donde obtuvo consecuencias radicales para la historia de las ideas a partir de los conceptos de *acto ilocucionario* y *fuerza ilocucionaria* (Austin, 1962/1971). Skinner no sólo escribió sobre metodología, sino que se aventuró a escribir sobre problemas actuales de filosofía política, fundamentándose en los conocimientos históricos obtenidos a partir de su método. El mejor ejemplo de ello han sido sus escritos sobre el tema de la libertad, en los cuales ha criticado fuertemente al famoso ensayo de Isaiah Berlin sobre los dos conceptos de libertad (Skinner, 2004; 1991/2004; 1990).

Este importante historiador inglés logra con su método que la historia intelectual adquiera autonomía y contornos más definidos sin por ello romper los vínculos de la historia intelectual con la filosofía política, por el contrario, el fortalecimiento de la autonomía es condición para la especificación de sus aportes y sensibilidades frente a la filosofía política (para ver esto solamente tenemos que recordar de qué disciplina toma el autor prestado su armazón conceptual). En otras palabras, la metodología de Skinner procura establecer criterios para la investigación histórica, de modo que el conocimiento así producido será propiamente histórico, y con ello se logra también delimitar suficientemente el objeto de estudio de la historia intelectual.

Sin embargo, cuando desde la historia intelectual se pretenden realizar aportes a la filosofía política, los criterios de historicidad representan sólo una pretensión de validez entre otras, es decir, la argumentación histórica no puede erigirse como más racional, como más correcta o como más precisa que otras. Esto lo pone sobre el tapete Richard Rorty –quizá con demasiada cautela– cuando describe los cuatro géneros de historiografía de la filosofía (Rorty, 1990). Volveremos sobre esto más adelante.

Berlin, por su parte, brilló como filósofo del liberalismo gracias a sus ensayos sobre la libertad, sin embargo, también fue un muy destacado historiador de las ideas. Sus ensayos en historia intelectual estaban siempre enfocados hacia el presente; escritos en un estilo muy sugerente, recogen los elementos fundamentales

de la visión de la política de Berlin: la libertad, la naturaleza humana, el carácter no transitivo de los valores, entre otros. En ellos siempre se sugiere un puente entre el pasado y el presente, así como cierta recurrencia en los problemas filosóficos a través de la historia. Pero este puente del que hablamos es también un puente entre la filosofía y la historia de las ideas, sus ensayos histórico-intelectuales insinúan, a manera de moralejas, conexiones entre los problemas filosóficos actuales y algún elemento del pensamiento del autor que se trate –generalmente un aspecto poco subrayado o marginal a su obra.

De igual modo, el inglés de origen letón está sobremanera consciente de que la práctica de la historia de las ideas está históricamente condicionada, al igual que sus cánones de aceptación y verificación son propios de un tiempo y una sociedad particular. Es esta conciencia de la historicidad de las formas de hacer historia de las ideas lo que lo lleva a Berlin a descubrir su contingencia. Dicho en sus propias palabras:

Todas las críticas dirigidas a un determinado escritor por exceso de prejuicios o imaginación, por un sentido de la evidencia demasiado débil, o por una percepción demasiado limitada de las conexiones entre los acontecimientos, no están basadas en alguna norma absoluta de verdad, de “factualidad” estricta, ni en una rígida adhesión a un método ideal, fijo y permanente... Más bien, se basan en los conceptos más refinados de exactitud, objetividad y escrupulosa “fidelidad a los hechos”, que pueden obtener del tema en cuestión en una sociedad y período dados (Berlin, 1949/2004).

Tanto Skinner como Berlin han sido intelectuales de gran influencia, cada cual en su momento, sin embargo, Berlin tiene aún hoy algo que decirnos con respecto a la metodología en esta disciplina. Aunque el intelectual letón no llegó a escribir ningún escrito metodológico, sí llegó, como lo vemos arriba, a darse cuenta de la contingencia de los criterios de validez en la disciplina. Parecerá rebuscado recurrir a Berlin habiendo tantas otras opciones como la *Begriffsgeschichte* (Historia conceptual) de Koselleck o la *Arqueología del saber* de Foucault en relación con las cuales comparar la propuesta metodológica de Skinner. Sin embargo, Isaiah Berlin dice mucho más que éstas, precisamente por no decir. En otras palabras, nos induce a preguntarnos: ¿Necesitamos en verdad algún método riguroso para hacer historia intelectual, o ésta es una disciplina cuyo dominio sólo se alcanza en su ejercicio y manteniendo ciertas nociones básicas de hermenéutica?

La propuesta metodológica de Skinner ha revitalizado la disciplina, fomentando un debate que ha dado lugar a otras propuestas, tales como la historia conceptual,

la historia de los lenguajes políticos de Pocock y —aunque se considera a sí misma algo distinto a la historia de las ideas— la arqueología del saber de Foucault. Pero, ¿en qué medida afecta esta pluralidad en la oferta metodológica a la unidad de la disciplina?, es decir, ¿en qué medida seguimos hablando de una misma disciplina? Esta pregunta se agudiza en tanto estas nuevas propuestas pretenden distanciarse de la historia de las ideas, mas ¿como disciplina o como un conjunto de prácticas que han caracterizado a la disciplina por un período determinado? La respuesta no parece ser clara. Pocock, por ejemplo, nota que el énfasis en el lenguaje deja a la empresa de la historia de las *ideas* como cosa del pasado;³ aquella noción desarrollada por los empiristas ingleses es sustituida por el concepto más moderno y específico de *lenguaje*. Ahora bien, ¿en qué medida una historia de los discursos es fundamentalmente distinta de una historia de las ideas?, y ¿en qué medida esta empresa es fundamentalmente distinta de otras afines, dígame una historia de los discursos de una historia conceptual o de una arqueología del saber?

En este ensayo, procediendo por la vía del contraste entre ambos autores, vamos a intentar abordar estas preguntas. Ahora, ¿por qué Berlin y no un autor representativo de la historia de las ideas de cuyo estilo pretenden distanciarse estos nuevos métodos, como Leo Strauss, por ejemplo? Utilizamos la figura de Berlin como punto de contraste para inducirnos a reflexionar sobre la contingencia histórica de estos métodos e, incluso, sobre su necesidad, pero la selección del punto de contraste es igualmente contingente, bien podría ocupar el lugar de Berlin otro autor. Empero, pensamos que el caso de Berlin es representativo para aquellos que practican la historia intelectual sin tomarse demasiadas preocupaciones por los fundamentos epistemológicos de su quehacer.

Las preguntas que nos hemos formulado más arriba se dejan desagregar en tres puntos que pretendemos desarrollar a lo largo de este escrito.

A. Teoría o método. No solamente es necesario un método para la historia de las ideas, sino que incluso es necesaria la teoría. La complejidad del ámbito de estudio es tan grande, que es necesaria una teoría o un conjunto de ellas, ya que sólo a partir de una teoría se pueden especificar las formas de seleccionar los datos relevantes y las conexiones causales entre ellos. Sólo a partir de la teoría se pueden diferenciar niveles de análisis con suficiente coherencia para que de esta forma se pueda organizar la investigación histórico-intelectual de una manera más productiva.

³ Véase J.G.A. Pocock, *Languages and their implications*, en J.G.A. Pocock, *Language, politics and time*, University of Chicago Press, 1989.

B. *Identidad*. La historia intelectual como disciplina necesita límites para poder reconocerse a sí misma. Una de las formas de fijarlos es mediante el establecimiento de un método propio, tal como el que propone Skinner. Sin embargo, es menester evitar caer en la tentación de sostener la preeminencia de un método único o de una forma correcta de hacer historia de las ideas; existen otras formas de hacer historia intelectual que pueden quebrantar los criterios de historicidad preestablecidos y no por ello resultan ser menos válidas. El problema surge cuando, en una situación como la actual, la pluralidad de ofertas metodológicas hace que se tornen difusos los criterios que confieren unidad a la disciplina como campo de investigación. Del mismo modo, las fronteras con otras disciplinas se vuelven poco diáfanas, lo que amenaza con retornar a la disciplina al estado del cual intentaron sacarla Skinner y Pocock.

C. *Fronteras con la filosofía*. Existe una estrecha relación entre la filosofía y la historia intelectual. Se trata de una relación simbiótica –si se nos permite la metáfora–, ya que cada disciplina se beneficia de los aportes de la otra, sin poder llegar a determinarla. Pero decir esto significa admitir que, al menos en principio, se pueden distinguir con suficiente claridad entre sí. Esta relación tan dinámica (que no sólo incluye a la filosofía, sino también a la lingüística, a la teoría de la literatura, entre otros, y nos obliga a entrar en el ámbito de lo interdisciplinario) hace sumamente problemática la prevalencia de criterios de validez históricos, ya que la historia –como ya sabemos– no es la única disciplina que está involucrada. Sería mucho más satisfactorio que el historiador pudiese disponer de una variedad de criterios de validez que le permitan, a su vez, confeccionar una variedad de historias, ubicándose a distintos niveles de abstracción y desplazándose con distinta velocidad en horizontes temporales más o menos amplios.

Sobre estos puntos profundizaremos en la última parte, pero antes vamos a contrastar el pensamiento de Quentin Skinner con el de Isaiah Berlin para poner de relieve estos problemas.

QUENTIN SKINNER: DESTRUYENDO MITOS Y BUSCANDO INTENCIONES

La obra de Quentin Skinner está fundamentalmente centrada en la historia de las ideas y su metodología, aunque también destacan algunas contribuciones a la filosofía normativa. Este autor se ha hecho reconocido fundamentalmente por el artículo “Meaning and understanding in the history of ideas” (Skinner, 2002a)

y por la obra de dos tomos *Foundations of the modern political thought* (Skinner, 1978). Sus intereses intelectuales en historia de las ideas se centran en el estudio del Renacimiento en Italia y en la obra de Thomas Hobbes en Inglaterra. A partir de 2002 publicó una serie titulada *Vision of politics*, compuesta por tres volúmenes; el primer tomo recopila sus ensayos metodológicos, el segundo recopila ensayos sobre el Renacimiento italiano y el tercero recopila artículos sobre Thomas Hobbes.

Como lo hemos destacado más arriba, Skinner, por un lado, fue protagonista del rescate del estudio del pensamiento político —crisis en la cual estaba sumida igualmente la filosofía política y la teoría política— y, por el otro, logró revitalizar el estudio histórico de las ideas políticas al introducir en su metodología nociones y conceptos originalmente desarrollados en la filosofía del lenguaje. De esta manera le cambió el rostro a la disciplina e, incluso, podemos decir que sus ensayos metodológicos contribuyeron a su renovación epistemológica. Ello en el sentido de que el objeto de estudio de la disciplina dejaba de ser aquella noción metafísica de las *ideas*, y pasaba a centrarse en el *lenguaje*.

Skinner se instruyó profundamente en los estudios de filosofía del lenguaje empezando por la obra pionera en este campo de John Langshaw Austin y de Ludwig Wittgenstein, pasando por las contribuciones de Grice, Strawson y Searle, entre otros. Con esta fuerte base epistemológica y mediante la maduración que alcanza cualquier obra cuando es expuesta a la crítica, las ideas de Skinner se han sostenido y son hoy en día fundamentalmente aceptadas por la comunidad académica mundial —aunque, obviamente, existen otras alternativas como la historia de los lenguajes de J.G.A. Pocock, la historia conceptual de Reinhart Koselleck y la arqueología del saber de Foucault.

La tesis principal de Skinner es que para la comprensión de un texto histórico es fundamental, primero, obtener su significado remitiéndolo a otros textos aparecidos en su época, o anteriores, con los que pudiera de alguna manera estar relacionado —esto es el método intertextual. Segundo, determinar la intención del autor, es decir, determinar la naturaleza de su acto ilocucionario, a saber, qué es lo que hacía el autor al decir lo que decía. Y por último, para realizar esto es necesario muchas veces remitirse al conjunto de convenciones lingüísticas predominantes para la época (Skinner, 2002a).

Existen casos, admite Skinner, en los que no es sencillo determinar el acto ilocucionario en cuestión —lo que no quiere decir, afirmándose frente a sus críticos, que existan actos ilocucionarios no intencionales—, sin embargo, se puede fijar con

cierta precisión la fuerza ilocucionaria del texto en cuestión. Distingue, entonces, entre acto ilocucionario y fuerza ilocucionaria. Para entender esta última dimensión es necesario también tener en cuenta lo que Austin llamó actos perlocucionarios, que Skinner entiende como los efectos del acto ilocucionario sobre un público o auditorio (Skinner, 2007).

Tomemos, por ejemplo, el trabajo sobre *El príncipe* de Maquiavelo de Skinner para ilustrar su metodología. En primer lugar, remite el texto al conjunto de obras de similar tipo que se escribieron durante el Renacimiento: los libros de consejo para príncipes o *specula* (método intertextual). Es precisamente en esta remisión donde puede fijarse la fuerza ilocucionaria del acto de habla en cuestión; cuando contrastamos estos textos con el que estamos estudiando, podemos determinar la intención de Maquiavelo, es decir, qué estaba haciendo al decir lo que decía. Skinner en su obra *Maquiavelo* demuestra la originalidad del italiano, contrastando la diferencia de matices entre la obra de Maquiavelo y las que conformaban el grueso del género literario. Por ejemplo, tradicionalmente las obras de consejos para príncipes enunciaban una larga lista de virtudes que debía tener un príncipe, todas desde un punto de vista moral. Maquiavelo, por el contrario, planteaba una paradoja, a saber, que bien si, por un lado, es deseable la práctica de virtudes por el príncipe, en realidad, ningún príncipe puede verosímilmente poseer todas esas virtudes. Y, por otro, existen ocasiones en las que obrar virtuosamente puede ser contraproducente para la salud del Estado. Para señalar este nuevo carácter que debe tener el príncipe, Maquiavelo acuña el término *virtú*. De esta forma, afirma el historiador inglés, queda fijado el significado histórico de la obra de Maquiavelo; se ha comprendido la fuerza ilocucionaria del acto de habla emitido por el italiano en el contexto lingüístico dado en la Italia del *Quattrocento* (ver Skinner, 1978).⁴

Skinner argumenta que la virtud de su método es que brinda una visión más amplia de las tradiciones políticas inmiscuidas con el texto que estamos estudiando. Esto tiene el efecto de cuestionar todo lo que damos por sabido a través del legado de las tradiciones dominantes. En otras palabras, el método de Skinner nos proporciona una mayor conciencia de la contingencia de la tradición. Un ejemplo de esto es el ensayo de Berlin sobre los dos conceptos de libertad; allí nos explica Skinner que Berlin se ve seducido por la tradición liberal, pretendiendo realizar un análisis puramente filosófico. Sin embargo, poco se separa del modo de proceder de

⁴ Para una crítica sobre la interpretación de Maquiavelo de Skinner, ver Nathan Tarcov, *Quentin Skinner's method and Machiavelli's Prince*, en James Tully, *Meaning and context*, Polity Press, 1988.

los filósofos liberales clásicos. No tomaba en cuenta –lo que resultaba fundamental para Skinner– la interrelación entre el concepto de libertad negativa, de cuño liberal, y la teoría neorromana de los Estados libres. De modo que un método como el que nos propone Skinner nos permite darnos cuenta de cómo aquellos valores que tomamos como implícitos en nuestra forma de vida, son resultado de *elecciones hechas en momentos diferentes entre distintos mundos posibles* (Skinner, 2004).

Una vez que hemos explicado brevemente las ideas centrales del autor, vamos a exponer un par de críticas que se le han hecho. La primera, formulada con mucha frecuencia, se trata del hecho supuesto de que Skinner ha ignorado la tesis de la *muerte del sujeto*. Aunque si lo vemos con claridad, cuando examinamos la tesis de la intencionalidad advertimos que podemos prescindir del sujeto o del autor y hablar simplemente de texto –cosa que el propio Skinner admite–, mas se puede argüir que resulta cuestionable utilizar una palabra como *intención*, que posee tanta carga subjetiva. Skinner responde que, si bien esto es cierto, no deja de ser inadecuado referirse a un autor, ya que todo acto ilocucionario es un acto realizado con una intención y hecho por alguien, con posibilidad de ser atribuido a alguien (Skinner, 2005).

Sin embargo, esta disputa se hunde en un gran problema que se ha planteado por igual en el seno de la filosofía del lenguaje y en el de la historia semántica al estudiar la innovación semántica, a saber, hasta qué punto es atribuible la innovación a lo que Grice llama *implicatura conversacional* (Grice, 2005) o a los cambios que se producen en la estructura del lenguaje o en el conjunto de convenciones lingüísticas. Para ponerlo mucho más simple –a riesgo de desvirtuar un poco su complejidad– la pregunta que se formula es si el cambio se debe al agente o a la estructura misma. Éste es un problema hasta ahora sin solución.

Existe otra objeción muy aneja a la anterior contra el historiador inglés, a saber, que la intención remite a estados psicológicos de las personas y que, por ende, no son recuperables por ningún método histórico. Skinner responde distinguiendo entre intenciones y motivos; los motivos se corresponden a los estados psicológicos individuales de los actores y son recuperables en tanto se halle evidencia histórica –cartas, por ejemplo– en las que el autor manifieste expresamente haber querido lograr o hacer esto o aquello. Las intenciones son distintas, y como hemos explicado, son separables en gran medida de su autor. Sin embargo, esta distinción se torna muy difusa en los trabajos empíricos de Skinner; en ellos parece otorgarle igual valor a ambas –véase, de nuevo, el caso del estudio sobre Maquiavelo (Skinner, 1978).

La segunda crítica está fundada en las posibilidades de hacer historia intelectual, que son limitadas por la propuesta de Skinner, la cual pretende convertirse en estándar de historicidad, es decir, en criterio de la forma correcta de practicar la historia. Las críticas no se han hecho esperar, y las mencionamos aquí, ya que refuerzan lo que hemos expuesto más arriba. Joseph Femia le critica a Skinner, desde un punto de vista historicista, el que las ideas pueden contener un valor permanente incluso si son obsoletas o falsas, que los intelectuales trabajan con tradiciones que trascienden contextos particulares y, finalmente, que no es ni deseable ni necesario que entender un cuerpo de pensamiento en función de los proyectos conscientes de su autor (Femia, 1988). En este punto podemos retornar a la crítica que el historiador inglés le hace a Berlin, y preguntarnos, ¿en qué medida esa crítica le resta valor a la distinción entre libertad positiva y negativa? Ciertamente, puede inducir a una mayor precisión histórica, pero al final ¿qué tanta diferencia hace?

John Keane, por otra parte, le critica a la *new history* que ignora premisas fundamentales de la hermenéutica, lo que lleva a sus defensores a restar importancia a la pluralidad de métodos históricos que debe tener la disciplina misma y, sobre todo, en una sociedad democrática (Keane, 1988).

Ahora bien, hagamos algunas puntualizaciones con respecto a la relación con la filosofía. Como ya hemos dicho, el enfoque de Skinner tiende a buscar estándares de rigor historiográfico, por más que considere que su enfoque no deba ser tomado ni como el único ni como el mejor (Skinner, 2005). Al hacerlo delimita de manera más clara que Berlin, la frontera entre historia intelectual y filosofía política. ¿A qué nos referimos con esto? Sencillamente que al reconocerse el conocimiento como propiamente histórico, se ha clausurado sobre sus propios límites; esta clausura, sin embargo, no implica ruptura de los contactos con otras disciplinas, en especial con la filosofía política. Significa, por el contrario, mayor sensibilidad hacia la filosofía y la filosofía política —entre otras disciplinas. Si seguimos la clasificación de Rorty de los géneros de historiografía de la filosofía, la obra Skinner podría ocupar las de *reconstrucciones históricas* y la de *historia intelectual*. En la primera aporta una perspectiva, entre otras, que nutren a la filosofía, en la otra, cumple la función —si se puede expresar en estos términos— de renovar los materiales con los que la filosofía trabaja, incluso pudiendo ocasionar cambios en los cánones (Rorty, 1990). Mas, por esto, insistimos, no se puede pretender incursionar desde la historia intelectual en el campo de la filosofía queriendo conferir superioridad a los argumentos históricos, ya que incluso ellos tienen una fundamentación filosófica, es decir, en cierto sentido no histórica. Existe un momento en que la circularidad de la radical historicidad del *estar allí* se rompe, se trata de aquel horizonte que no

se proyecta ni al pasado, ni al futuro, se trata del *presente*. Y la filosofía pretende, sobre todas las cosas, comprender el presente.

En este mismo orden de ideas, Richard Rorty, por ejemplo, enfatiza que se puede ser anacrónico sin perder la conciencia de la historia efectual, es decir, dejándonos interpelar por la historia, pero conscientes de la distancia de los respectivos horizontes temporales. De manera que la opción que toma Skinner restringe las posibilidades de comprensión en procura de mayor precisión histórica.

Siguiendo con las críticas a la obra de Skinner, Kenneth Minogue arguye que su bagaje conceptual es demasiado pesado para la historia intelectual; afortunadamente, dice, en su obra de los *Fundamentos del pensamiento político moderno* deja a un lado gran parte de su pesada carga (Minogue, 1988). Pero, ¿ésta es la verdadera razón para que se haya visto en tales dificultades? ¿Cuál es entonces?

He aquí nuestra hipótesis: El estudio de la historia comprende la selección de una constelación infinita de acontecimientos simultáneamente ocurridos en el pasado y, también, la selección de las relaciones entre ellos, con el propósito de construir un relato coherente. Ahora bien, el esquema conceptual que desarrolló Skinner está diseñado para seleccionar una dimensión muy pequeña de acontecimientos, a saber, textos y sus contextos lingüísticos, de manera que cuando quiere desarrollar un proyecto como el de los *Fundamentos* se ve necesariamente abrumado por la tarea, ya que la dimensión temporal de su proyecto es muchísimo más amplia de la que puede abordar con su método.

Esto lo podemos observar también cuando analizamos la crítica que le hace el autor de los *Fundamentos* a la acepción de libertad negativa que defiende Berlin. Si lo pensamos bien, lo que ha hecho Berlin es hacer una selección de acontecimientos (que obviamente ha de ser finita y restringida) que juzgaba importantes para fundamentar su argumentación, y segundo, ha fijado unos límites, es decir, una dimensión temporal. Puede que la crítica de Skinner se ubique más allá del horizonte temporal seleccionado por Berlin, y que la podamos calificar quizá como injusta, sin embargo, existe un argumento de mayor peso que tiene que ver con la tradición. La tradición es como un horizonte, es infinita, presenta infinidad de constelaciones. De modo que la única forma de afrontarla es mediante selección, en otras palabras, no hay posibilidad de historia total, no hay posibilidad de comprensión total. Para entender la crítica de Skinner adecuadamente hay que observar qué es lo que propone a cambio, pero paradójicamente esta acción se

vuelve susceptible de ser recontextualizada de nuevo en relación con otras tradiciones, o que al evaluarla en términos de nuestros intereses presentes nos demos cuenta de que no produzca diferencias significativas para nuestra comprensión de la realidad [ver, por ejemplo, los argumentos de Patten frente a las tesis sobre la libertad de Skinner (Patten, 2004)]. En fin, fuera de la historia, la argumentación histórica no representa un criterio de validez por sí mismo. Ésta es la traba con la que se encuentran las incursiones filosóficas de Quentin Skinner.

Siguiendo estas reflexiones, estimamos que la historia intelectual debe dejar a juicio del historiador la extensión temporal que desea investigar y ofrecerle una variedad de métodos adecuados para esa tarea. Ningún método será más válido que otro; sencillamente, cada método indica al investigador hacia qué datos habrá de ser sensible y cómo habría de hilar tales acontecimientos.

Ahora bien, en concordancia con lo dicho hasta aquí, ¿cómo hemos de llevárnosla con lo que, según el método de Skinner, es anacrónico,? Pensamos, sin pretensión de exhaustividad, que existen dos maneras. La primera tiene que ver con la fusión de horizontes. Hacemos historia en el presente y para nuestro presente, de forma que es lícito trazar ciertas conexiones entre acontecimientos, ignorando deliberadamente el significado que pudieron haber tenido en el contexto en el cual tuvieron origen. La segunda, muy aneja a la primera, tiene que ver con los tiempos históricos. La visión de la historia no es igual cuando nuestro enfoque es de corta, mediana o larga duración; sobre todo en estas dos últimas, las grandes tendencias históricas ignoran intenciones y convenciones lingüísticas. Esto no es, empero, un argumento en contra de la semántica histórica, ni de enfoques como los de Pocock, Koselleck, ni del mismo Skinner. Más bien, queremos aclarar que es necesario proceder cuidadosamente ante las diferencias temporales (como lo ha intentado hacer Koselleck) y que debemos ser cuidadosos con aquellos métodos que pretendan erigirse como la única manera correcta de hacer historia intelectual.

EL PENSAMIENTO DE ISAIAH BERLIN: FILOSOFÍA, TEORÍA POLÍTICA E HISTORIA DE LAS IDEAS

Berlin fue un gran intelectual de profunda influencia en el pensamiento liberal del siglo XX, hombre de una gran lucidez y originalidad, con una gran capacidad para articular ideas verbalmente con gran fluidez y coherencia. Los bastiones principales de su pensamiento son la libertad, la dignidad y la naturaleza humana y el pluralismo moral y cultural. Estas preocupaciones lo llevaron a una suerte de vida

intelectual nómada entre la filosofía, la teoría política y la historia de las ideas. Y es, a nuestro juicio, la confluencia en su pensamiento de estas tres disciplinas lo que lo hace un autor tan particular y llamativo.

Berlin escudriñó las bases del pensamiento político occidental. Una vez que creyó haberlas descubierto las criticó sistemáticamente y construyó su filosofía, procurando eludir estos supuestos altamente discutibles sobre el ser humano. Estos supuestos son: lo que él llama la “gran visión despótica” del hombre y del mundo, que consiste en que el hombre está indisolublemente ligado a un todo racional e inteligible fundamentado en un principio único tal como naturaleza, razón, ley natural, logos divino, etcétera; la suposición de que el corazón del pensamiento político y moral occidental está ausente de contradicción y representa un todo coherente y racional; la suposición de la posibilidad de una sociedad y un hombre perfecto; y finalmente, la persistencia de un monismo moral (Parekh, 2005).

En el campo de la historia de las ideas, Berlin escribió sobre aspectos secundarios de autores conocidos como Hume, mientras que subrayaba las ideas principales de autores poco conocidos o totalmente ignorados en su época como Herzen, Hamann y Vico. Empero, lo que nos llama particularmente la atención es la forma como pone sobre el tapete ciertos problemas hermenéuticos de importancia –queriéndolo o no.

En sus artículos sobre historia intelectual, Berlin subraya elementos que escapan a los motivos de los autores (utilizando esta palabra en el sentido que le atribuye Skinner). Vale la pena notar en sus escritos la referencia al carácter no intencionado de una consecuencia, así como la remisión a consecuencias que van muchísimo más allá del contexto propio y coyuntural del texto, sin por ello caer en la trampa del anacronismo. Subraya consecuencias que van más allá de las dimensiones del contexto fáctico y lingüístico en que fueron producidos y, de esta manera, brota con esplendor esa particular experiencia histórica que Gadamer llamó *fusión de horizontes* (Gadamer, 2001).

El comprender es un acontecimiento siempre presente que está mediado por una forma particular de experiencia, a saber, la única que puede mediar entre el presente y el pasado: el lenguaje. Si bien Berlin parece más bien incauto ante las diferencias semánticas de los horizontes temporales –e incluso puede que caiga en el error de la prolepsis, según los mitos de Skinner– se deja interpelar por la historia, se deja determinar por el texto en una forma que Skinner no lo hace.

Adquiere, digámoslo gadamerianamente, mayor conciencia de la historia efectual (Gadamer, 2001).

La importancia de esto es que la experiencia hermenéutica siempre remite al intérprete a sí mismo y a la finitud de su estar o ser allí. A esta apertura a nuevas experiencias la juzgamos muy provechosa para la filosofía, siempre y cuando entendamos a la filosofía libre de pretensiones uniformadoras, una filosofía que renuncie a la posibilidad de hallar una única verdad, válida para todos los tiempos, en todas las circunstancias y para todos los hombres. Una filosofía como la intentó practicar Berlin, como la defendió Gadamer, y que hoy defienden filósofos como Richard Rorty (ver Rorty, 2002), entre otros.

Para una filosofía así, a la verdad no se llega allanando el camino mediante el erigimiento de un método, único en garantizar el acceso a la verdad, sino que se adquiere tanto más conocimiento y uno se aproxima tanto más a la verdad en cuanto, con mayor diversidad de puntos de vista, se cuente para la comprensión de un fenómeno. De modo que a la filosofía no le interesa del todo una única interpretación correcta de un texto histórico, sino una variedad de posibles interpretaciones, cada una llevando anejas cadenas de posibles consecuencias o de posibles puntos de vista novedosos para los problemas que afrontamos en la actualidad. Veamos algunos ejemplos:

Esta cita que viene a continuación es tomada del ensayo *La originalidad de Maquiavelo*, en el cual Berlin arguye que Maquiavelo expuso la existencia de dos moralidades inconmensurables, la cristiana y la pagana, y que esto produjo tanto revuelo intelectual duramente tanto tiempo porque frustró la posibilidad de responder la pregunta de cómo hemos de vivir juntos.

Los “escandalosos” escritos de Maquiavelo iniciaron este último proceso. Éste fue el viraje decisivo y sus consecuencias intelectuales, absolutamente no deseadas por su originador, fueron por una afortunada ironía de la historia (que algunos llaman su dialéctica), las bases del mismo liberalismo que Maquiavelo hubiera seguramente condenado como débil y falto de carácter, falto de una resuelta persecución del poder, de esplendor, de organización, de *virtú*, de poder para disciplinar hombres ingobernables contra enormes fuerzas dentro de un todo enérgico. Sin embargo, él es, a despecho de él mismo, uno de los hacedores del pluralismo, y de su –para él– peligrosa aceptación de la tolerancia (Berlin, 2000).

Ante esta aserción, probablemente, los skinnerianos entonarían al unísono la regla de oro: “De ningún agente puede decirse finalmente que haya dicho o hecho

algo de lo que nunca se le pueda inducir a aceptar que es una descripción correcta de lo que ha dicho o hecho” (citado por Rorty, 1990).

Sería caer en el mito del provincialismo, ver antecesores –si bien se señala el carácter no intencionado– donde no los pudo haber, al tiempo que se cae en el mito de las doctrinas al querer encasillar a los autores en corrientes de pensamiento. Maquiavelo no pudo haberse pronunciado sobre algo que no existía en su época, tampoco pudo haber contribuido sin intención –y mucho menos con ella– a algo que se formaría sólo siglos después. Pero, entonces ¿se puede considerar que tales aseveraciones como las de Berlin son inválidas o incorrectas? Pensamos que no lo son, y que son igualmente válidas, no solamente en el campo de la filosofía, como lo señala Rorty, sino también en la misma historia intelectual.

Nos podemos preguntar también: Aquello que no pertenece a la intención del autor o texto y que su significado no puede ser estabilizado en referencia al conjunto de convenciones lingüísticas predominantes para la época, ni con referencia a la red de textos a la que pudo estar vinculado, ¿queda necesariamente como mera especulación? Pensamos que no necesariamente es así.

¿Quién ha de hacer la historia de las diversas interpretaciones de un mismo texto desde su aparición hasta nuestro presente? ¿Quién ha de hacer la historia de las formas en la que los historiadores a través del tiempo han comprendido el pensamiento político? ¿Es tarea de la historia de la historiografía? No, creemos que es una tarea también de la historia intelectual, ya que: “El comprender, contrastar, clasificar y ordenar, el emplear métodos de mayor o menor complejidad, no es un tipo peculiar de pensamiento, es el pensamiento mismo” (Berlin, 1949/2004).

La particularidad de Berlin como historiador de las ideas yace, como hemos dicho, en poner sobre el tapete la historicidad de la comprensión y su carácter contingente y abierto. No queremos mostrar esto como una omisión o debilidad de la metodología de Skinner. Este académico inglés englobaría estos problemas que planteamos como problemas de significación, mas no de significado, lo cual es en definitiva lo que a él le interesa. La significación de un texto es siempre contingente, depende de nuestros intereses en tiempo presente, mientras que el significado puede fijarse con referencia al propio texto y a lo que su autor pudo haber querido decir (Skinner, 2002b). Pero, en definitiva, Skinner se decide por estudiar el significado de un texto y no su significación; Berlin, por el contrario, pondera la significación de los textos para nuestro presente.

Podemos ver a través de los ensayos de Berlin que la única regulación que necesitan las ideas para mutar es su grado de plausibilidad en el contexto en que son producidas y con respecto a las realidades a las que pueden dar sentido y a los mundos posibles que pueden engendrar. Y que en ese proceso –si es que puede denotarse así– poco importan interpretaciones correctas o incorrectas, incluso, podríamos decir que las malinterpretaciones son productivas (entendidas aquí como la no comprensión del texto en relación con su intención y con referencia a su contexto lingüístico), ya que son –o en dado caso pueden ser– generadoras de nuevas ideas. Con Berlin, sobre todo, podemos entender que la significación es algo siempre presente, y que como sugiere Rorty, va ajeno a lo que consideramos verdad (Rorty, 1990), y toda esta complejidad no puede ser encajonada –al menos adecuadamente– en la relación de unas intenciones con unas convenciones lingüísticas.

Todos los textos son fuentes, de todo texto mana siempre agua fresca –se podrá discutir con razón que de unos más que otros– por lo que no existe comprensión definitiva ni acabada de nada. La mediación del lenguaje, que se hace más complicada mientras mayor es la distancia temporal, aleja y acerca a la vez. Alejan, en tanto hablan un lenguaje que ya no nos está disponible, y nos acercan, en tanto nos transmiten experiencias vitales.

Otro mérito que podemos resaltar en los escritos de historia intelectual de Berlin es plantear el problema de cómo es posible explicar que ideas similares se produzcan en contextos diferentes sin que haya sido probado ningún contacto entre ambos. Así, refiriéndose a Vico, se pregunta:

¿Quién antes de 1725 había tenido semejantes pensamientos? ¿Cómo se colaron –si en verdad lo hicieron– a Hamann y Herder en Alemania, algunas de cuyas ideas son sorprendentemente similares? Éstos son problemas acerca de los cuales, aun ahora, los historiadores de las ideas no investigan suficientemente (Berlin, 2000b).

Ahora bien, llegado a estas conclusiones nos parece conveniente retomar la pregunta que nos hacíamos al principio: ¿Es la historia intelectual un arte que se domina con la práctica? o ¿es la teoría un elemento imprescindible a la hora de escribir historia intelectual? Berlin escribía historia intelectual “contra la corriente”, pero ¿seguía solamente sus instintos?

Hay que admitir algo fundamental: ninguna historia, es más, ninguna comprensión del mundo, es posible sin conceptos, y esto lo sabía muy bien Berlin.

Las categorías y conceptos que utilizamos para aprehender el mundo preconfiguran aquello que vamos a obtener como resultado de nuestras observaciones. De modo que, al principio, ya existe teoría *in nuce*. Entonces, ¿no es legítimo exigir un perfeccionamiento de estos lentes conceptuales, volverlos más coherentes y reflexivos?⁵

Creemos que ciertamente lo es. La teoría es necesaria e imprescindible. Y si algo podemos observar de las propuestas de Skinner, Pocock y Koselleck (también Foucault) es un esfuerzo sustancial por incrementar la capacidad analítica y reflexiva de los *métodos* a partir de los cuales se estudia la historia del pensamiento político. Estimamos que ésta es una tendencia irreversible, ya que escribir historia es una actividad cada vez más compleja.

ALGUNAS NOTAS DE CLAUSURA

1. Es obvio que toda disciplina necesita delimitar con más o menos claridad su objeto de estudio. Se trata de un proceso constante sujeto a continuas mudanzas; la historia intelectual no escapa al caso. En los últimos años hemos estado presenciando una dinámica impresionante en la disciplina, sin embargo, debemos estar al tanto del peligro de la homogeneización o la pretensión de hegemonía metodológica. Sostenemos que por más méritos que le podamos achacar a la metodología de Skinner, no es posible subsumir las formas correctas de hacer historia intelectual bajo un único método (lo mismo aplicaría a Koselleck y Pocock). Dentro del marco del estudio lingüístico de la historia de las ideas existen otras alternativas, tal como las propuestas de J.G.A. Pocock y de Reinhart Koselleck. Si bien Skinner nos habla de actos de habla, Pocock de lenguajes y Koselleck de conceptos, tenemos aun la sensación de que giran alrededor de unas mismas preocupaciones, la unidad de la disciplina se mantiene. Una situación como la que tenemos actualmente, lejos de disgregar a la disciplina, le ofrece al investigador un arsenal metodológico y conceptual que le sirve de gran ayuda para llevar a cabo sus estudios. Le ofrece múltiples perspectivas, le sensibiliza sobre problemas determinados y de esta forma la historia intelectual como disciplina se enriquece porque es capaz de ofrecer variedad de formas de comprensión sobre un mismo objeto.

⁵ Con el adjetivo reflexivo nos referimos a la capacidad de las teorías de tener en cuenta su propio lugar en el mundo.

2. Apoyando al argumento anterior, traemos a colación la estrecha relación entre filosofía, historia intelectual y filosofía política. Cuando existe una interrelación tan densa entre estas disciplinas es sumamente difícil sostener un argumento sin que sea refutado o cuestionado, o que se le presenten alternativas. Mucho más cuando lo que se pretende es establecer criterios de validez –en este caso en la historia intelectual. La increíble dinámica del conocimiento en nuestra sociedad moderna nos obliga a tomar conciencia de la contingencia de lo que pretendemos ya sabido. En este orden de ideas, parece más sabio apelar a la diversidad que a la homogeneización.
3. Estimamos que el estudio de la temporalidad es sumamente importante para la historia en general y para la historia intelectual en particular. La forma de entender y de delimitar el tiempo juega un rol importante en la adecuación del enfoque escogido por el investigador a la realidad histórica. Complica su comprensión el hecho paradójico que toda reflexión sobre el tiempo tiene lugar en el tiempo, que toda reflexión sobre la historia es también histórica.
4. Por último, hemos de hacer énfasis en la comprensión de la historia como una doble selección, a saber, selección de acontecimientos y selección de la relación de estos acontecimientos dentro de un horizonte temporal. Comprender así la actividad de hacer historia nos concientiza de las dimensiones de su complejidad, no sólo por la infinitud de acontecimientos y relaciones entre ellos que pueden ser historiados, sino también porque cada observador hará selecciones distintas. Y es precisamente esto lo que hemos mostrado con el caso de Isaiah Berlin y Quentin Skinner.

BIBLIOGRAFÍA

AUSTIN, J.L. (1962/1971). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.

BERLIN, I. (2000a). “La originalidad de Maquiavelo”, en I. Berlin. *Contra la corriente* (pp. 85-143). México: FCE.

_____ (2000b). “Vico y su concepto del conocimiento”, en I. Berlin. *Contra la corriente* (pp. 178-187). México: FCE.

_____ (2000c). “El divorcio entre las ciencias y las humanidades”, en I. Berlin. *Contra la corriente* (pp. 144-177). México: FCE.

BERLIN, I. (1961/2004). “¿Existe aún la teoría política?”, en I. Berlin. *Conceptos y categorías* (pp. 237-280). México: FCE.

_____ (1949/2004). “Las ideas políticas en el siglo XX”, en I. Berlin. *Sobre la libertad* (pp. 93-129). Madrid: Alianza Editorial.

FEMIA, J. (1988). “Historicist critique of ‘revisionist’ methods”, en J. Tully, *Meaning and context. Quentin Skinner and his critics* (pp. 156-175). Cambridge: Polity Press.

GADAMER, H.G. (2001). *Verdad y método I*. Salamanca: Sígueme.

GRICE, P. (2005). “Lógica y conversación”, en L. Valdes (Comp.). *La búsqueda del significado* (pp. 520-539). Madrid: Tecnos.

KEANE, J. (1988). “More thesis on the philosophy of history”, en J. Tully, *Meaning and context. Quentin Skinner and his critics* (pp. 204-217). Cambridge: Polity Press.

LASLETT, P. (1956). “Introduction”, en P. Laslett. *Philosophy, politics and society* (pp. vii-xv). Oxford: Basil Blackwell.

MINOGUE, K. (1988). “Method in intellectual history: Quentin Skinner’s Foundations”, en J. Tully. *Meaning and context. Quentin Skinner and his critics* (pp. 176-193). Cambridge: Polity Press.

PAREKH, B. (2005). “Isaiah Berlin”, en B. Parekh. *Pensadores políticos contemporáneos* (pp. 48-90). Madrid: Alianza Editorial.

_____ (1996). “Algunas reflexiones sobre la filosofía política occidental contemporánea”. *La Política: Revista de Estudios sobre el Estado y la Sociedad*. nº 1 (pp. 5-22).

PARTRIDGE, P.H. (1974). “Política, filosofía, ideología”, en A. Quinton. *Filosofía política* (pp. 52-83). México: FCE.

PATTEN, A. (2004). “La crítica republicana al liberalismo”, en F. Ovejero, J.L. Martí, y R. Gargarella. *Nuevas ideas republicanas: autogobierno y libertad* (pp. 235-262). Barcelona: Paidós.

PLAMENATZ, J. (1974). “La utilidad de la teoría política”, en A. Quinton. *Filosofía política* (pp. 34-51). México: FCE.

RORTY, R. (2002). “El ser al que puede entenderse, es lenguaje”, en R. Rorty, *Filosofía y futuro* (pp. 121-134). Barcelona: Gedisa.

_____ (1990). “La historiografía de la filosofía: cuatro géneros”, en R. Rorty, J. Schneewind y Q. Skinner. *La filosofía en la historia* (pp. 69-98). Barcelona: Paidós.

SKINNER, Q. (2007). “Interpretación y comprensión en los actos de habla”, en E. Bocado Crespo, ed. *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios* (pp. 127-159). Madrid: Tecnos.

_____ (2005). “La historia de mi historia: una entrevista con Quentin Skinner. (E. Bocado Crespo, entrevistador)”, en E. Bocado Crespo, ed. *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios* (pp. 45-60). Madrid: Tecnos.

_____ (2004). *Libertad antes del liberalismo*. Taurus: México.

_____ (2002a). “Meaning and understanding in the history of ideas”, en *Vision of politics: Regarding method* (pp. 57-89). Cambridge: Cambridge University Press.

_____ (2002b). “Interpretation and the understanding of speech acts”, en *Vision of politics: Regarding method* (pp. 103-127). Cambridge: Cambridge University Press.

_____ (2002c). “Motives, intentions and interpretation”, en *Vision of politics: Regarding method* (pp. 90-102). Cambridge: Cambridge University Press.

_____ (1991/2004). “Las paradojas de la libertad política”, en F. Ovejero, J.L. Martí y R. Gargarella. *Nuevas ideas republicanas: autogobierno y libertad* (pp. 93-114). Barcelona: Paidós.

_____ (1998). *Maquiavelo*. Madrid: Alianza Editorial.

SKINNER, Q. (1990). “La idea de libertad negativa: perspectivas filosóficas e históricas”, en R. Rorty, J.B. Schneewind y Q. Skinner. *La filosofía en la historia* (pp. 227-259). Barcelona: Paidós.

_____ (1978). *Foundations of the modern political thought*. Cambridge Vol. I. II: Cambridge University Press.

TARCOV, N. (1988). Quentin Skinner’s method and Machiavelli’s Prince, en J. Tully, *Meaning and context: Quentin Skinner and his critics*, pp. 194-203. Cambridge: Polity Press.

VILLANUEVA, L. (2005). *La búsqueda del significado*. Madrid: Tecnos. Cuarta edición.

WITTGENSTEIN, L. (1958/2002). *Investigaciones filosóficas*. México: Editorial Crítica/UNAM.